

Los que hacen las reglas  
 no quieren que hablemos  
 nosotros  
 sino  
 las palabras.  
 Desean  
 hacernos desaparecer  
 de la página;  
 pero no nos resignamos.  
 Somos viejos actores<sup>7</sup>.

«He quemado las fórmulas. [...] Todo el arrasamiento ha sido para desplazarme, para vivir en otra articulación», escribe Cadenas tras aquellos once años de silencio. Desde entonces, la voz de sus poemas habla para decir la necesidad de una experiencia genuina, para exorcisar imposturas.

Esa experiencia es, para Cadenas, la del vínculo de la palabra con la realidad, vínculo insustituible no tanto porque permita nombrar verazmente el mundo («Lo que miras a tu alrededor / no son flores, pájaros, nubes, / sino / existencia. // No, son flores, pájaros, nubes», reza un poema de *Gestiones*), cuanto porque hace posible que la voz que lo enuncia sea el portavoz de un sujeto veraz. A diferencia de José Ángel Valente, poeta en quien la búsqueda de la palabra esencial es también ejemplar, Cadenas no propugna, sin embargo, la desnudez, el despojamiento —*die eigentlichste Armut*, la íntima pobreza de Meister Eckhart—, no proclama la necesidad del desierto como condición previa al surgimiento de la palabra más honda. El yo poético de Valente niega para afirmar, es expresión radical de aquel *intelligere incomprehensibiliter*, el entender incomprensiblemente de Nicolás de Cusá, de la *negative capability* de la que hablaba Coleridge, del «entender no entendiendo» de San Juan de la Cruz. En Valente, la palabra poética es el fruto de una tensión primigenia, fundacional, entre la nada germinativa y la palabra inaudible del origen. La búsqueda del yo poético de Valente es búsqueda del *Vor-Schein*, lo que aún no ha llegado a ser.

En Cadenas, en cambio, la palabra poética busca poner de manifiesto al yo poético mismo. En el poeta venezolano, el yo es punto de inflexión de un tú y un él, lugar de residencia, no ya de la «personalidad poética» —esa máscara entre máscaras—, sino de la diversidad de los puntos de vista que coexisten en el yo poético y que se trata menos de armonizar que de no traicionar. Lejos de ejemplificar una poesía del silencio, el yo poético de Cadenas parte de la constatación de la dispersión del ser (*Cuadernos del destie-*

<sup>7</sup> «Al lector», en Rafael Cadenas, *Gestiones*, Caracas, Pomaire (La Diosa), 1992.

rra), para posteriormente rechazar las trampas de la seductora diversidad (*Falsas Maniobras*) y desbrozar el territorio desde el que el yo sea capaz de dirigirse sin imposturas a un tú (*Intemperie y Memorial*), sin lo cual él mismo se agota en una incesante partenogénesis de máscaras. El yo poético ensaya, desde este punto de vista, un diálogo consigo mismo, que es la única vía para entablar una comunicación con el otro. En *Amante* (1983), que ha sido valorado distintamente bien como la manifestación más depurada de la *ars poetica* de Cadenas, bien como un momento atípico de su obra, alcanza Cadenas a objetivar esa división de las voces que lo atormenta desde sus inicios como poeta. *Amante* es, en efecto, atípico, en el sentido de que la unidad del libro viene dada por un referente exterior, un tema si se prefiere, así el poeta haya buscado y logrado en él rehacerlo a su modo. Es, además, el único de sus poemarios que ha sido de modo muy evidente moldeado, informado por sus lecturas de Jung. En este sentido, es un poemario ideológico o programático, como ideológico era, desde muy otros presupuestos y con un aliento poético indudablemente menor, el poema *Derrota* (1963).

Apreciable en *Amante*, y hasta cierto punto exigida por el «tema» del poemario, esa voz poética dialogante se ofrece diversa y abierta en *Gestiones*<sup>8</sup>. La «imagen doble», la división «en innumerables personas» que tanto temía el poeta de *Falsas maniobras*, se ha ido depurando en sosegada aceptación de una identidad múltiple pero reconciliada:

Tanteas  
 como ebrio  
 en la ruta del extravío  
 (así se llama  
 nuestro segundo nacimiento).  
 Ella nos conduce  
 fuera del mapa que trazamos.  
 Lo que vimos con duda  
 –descubrimos–  
 no lo podíamos separar  
 de nosotros.  
 También éramos eso.  
 La aventura  
 nos trajo  
 este bien: no ser dueños.

<sup>8</sup> Último poemario de Cadenas publicado hasta la fecha, obtuvo en 1992 el Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde en su primera edición.

## II

Esta lectura de la obra de Cadenas, atenta sobre todo a la elaboración del yo poético que en ella se manifiesta, deja de lado aspectos no menos importantes. La escritura de Cadenas, ya se insinuó antes, tiende a la parquedad y evita la ampulosidad y el verbo lujoso. Hay una palabra que el poeta acaricia, con su suave habla barquisimetana, y que regresa a menudo en sus escritos y conversaciones: la palabra «menesteroso». Hermoso vocablo que el uso ha emborronado con resonancias peyorativas. En la boca y la pluma de Cadenas, si no lo he leído u oído mal, es el epíteto que acompaña a la poesía. La poesía es menesterosa porque desdeña el poder; y ya sabemos lo íntimamente asociados que están poder y lenguaje. La poesía es el otro lenguaje, el otro del lenguaje, pues aspira a expresar lo que el lenguaje hace a un lado y aun maltrata: «una energía muy elemental, muy pura, muy libre, que no puede adaptarse a nada y que al buscar voz produce ese fracaso que es la poesía», decía Cadenas en 1969.

Del «poeta menesteroso» que es Rafael Cadenas cabría decir más cosas. Por ejemplo, la coherencia de su vida con su obra o, mejor dicho, con el yo poético que habita su obra. En sus lecturas, en sus conversaciones, en los cursos que imparte desde hace más de veinte años en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y en su manera de estar en el mundo, nada hay que desmienta o desentone con lo que ha publicado. Integridad y sencillez son las cualidades del poeta menesteroso. En el suplemento literario del diario *El Nacional*, uno de los beneficios que Cadenas esperaba de la poesía, hace ya treinta y dos años, era «poder caminar todavía con cierto decoro por una ciudad irremediable». Eso lo ha logrado plenamente, y no es poca cosa en una ciudad como Caracas, inhóspita, agresiva, doliente, o en esa otra urbe, sobrepoblada, estrepitosa y a menudo vana, que es también la literatura de nuestros días. Un último apunte sobre el hombre Cadenas. Es un ciudadano de a pie, en el sentido más literal de la expresión. En una ciudad invadida por autopistas y cegada por automóviles, Cadenas es un transeúnte amable. Nada más fácil que dar con él; basta con pasear por Sabana Grande o visitar la Escuela de Letras. Es, también, un hombre de diálogo, es decir, alguien que cultiva el arte de la escucha y que no se oye a sí mismo hablar.

Quizá sea esta, en definitiva, la mejor definición de su poesía: una poesía que sabe situarse en la escucha y evitar el ensimismamiento.

# PUNTOS DE VISTA



Guillermo Roux: *El encuentro*, 1997.  
Acuarela, 150 x 100 cm.  
Colección Amalia L. de Fortabat